

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVIII

MADRID, 17 DE AGOSTO DE 1924

NÚM. 20.452



LAS MAJAS DE HOGAÑO, dibujo de Agustin

A OCHO DIAS VISTA

¿Se puede vivir de la literatura?

ALGUNOS escritores de limpia conciencia repugnan, no el discreto anuncio de sus libros, sino la propaganda descomedida y ruidosa, que aparea la obra estética con un producto industrial. Yo sé de uno de ellos, en mi sentir, nuestro más esclarecido prosista—aludo, naturalmente, a Valle-Inclán—, que tomaría como ultraje a que un editor procurase el incremento de sus lectores con el pintoresco descaro con que se esfuerzan por difundir sus obras ciertos literatos de fronteras allá. ¿Estarán en lo firme aquellos escritores? ¿Tendrá razón nuestro gran artista de la pluma? El caso de Paul Morand, novelista distinguido, pero que está, a mi juicio, muy por debajo de otros de su generación, menos afortunados que él, es para desconcertar a cualquiera. He aquí un hombre que ha vendido de su tercera novela «Lewis e Irene» cerca de trescientos mil ejemplares. A la cuenta—pensará el lector—se trata de un libro extraordinario. No, señor. «Lewis e Irene» es un libro escrito con habilidad, en el que no se ve la huella de un gran talento creador. No, Paul Morand no va a los alcances de un Balzac, ni de un Flaubert, sagaces exploradores del corazón humano. El autor de aquella novela ha tenido, sin embargo, el acierto—tal vez sea ese el único—de dar a las páginas de «Lewis e Irene» ese no sé qué de friamente apasionado, de áspero y de febril que caracteriza a nuestra época. ¿Se le puede interesar al lector con una literatura de la que ha sido deliberadamente excluido todo elemento sentimental? Sí, señor. La reciente obra de Paul Morand lo demuestra. En esa novela nos encontramos con una mujer griega, que no palpita ni se mueve más que por una ambición: el engrandecimiento financiero de su patria. No siente vocación de madre, ni tendencias sexuales que la atraigan a otros goces menos nobles. No es aficionada al placer, ni al hogar. Esta moderna Pentésilaea de la finanza helénica es una prodigiosa máquina de planear negocios que unos banqueros griegos tienen a su servicio, y nada más. Su fuerte no es el sentimiento, sino la contabilidad. Para ella, la Bolsa viene a ser lo que el Parnaso para los poetas. Y yo me pregunto: ¿este tipo femenino existe? Y dando de barato que sea una realidad, Irene ¿es el resultado de una civilización o el anticipo precursor de otra? Sí, como supone Marcel Prevost, el donjuanismo, esta es, el don para la conquista del amor, ha emigrado del hombre a la mujer, ¿habrá que admitir también que ha sucedido lo propio con la aptitud financiera? Veremos pronto al Sr. Ruiz Senén, agudo hacendista, suplantado en el Banco de Urquijo por una

dama? Se nos hace algo cuesta arriba el creerlo. No. Ese tipo femenino, sin alma y sin pasiones, que no se conmueve ante una flor, ni sonríe ante un niño, ni se estremece por la caricia del hombre, incapaz de ver en las acciones y en las obligaciones humanas más que su equivalencia en libras, dólares o francos, es aún más raro en el mundo que el tipo del rentador masculino que se desprende de sus riquezas para mejorar la condición material del prójimo. Irene es una deliciosa fantasía de Paul Morand. Su esposo y rival, Lewis, nos da más la impresión de haber sido amasado con el limo compuesto de pasiones, sueños, egoísmos, bellaquerías y grandezas de que se sirvió el Creador para modelar a nuestro padre Adán. Le sentimos vivir como si su corazón latiera cerca del nuestro. Es el financiero que ama el oro por encima de todo, pero sin desdenar los placeres y los éxitos sociales que trae consigo el dinero. Es... iba yo a poner aquí un nombre; pero me abstengo de personalizar, porque las cosas más inocentes, impresas, adquieren un relieve dramático terrible. Esos dos seres se encuentran, no en un teatro, en un salón o en un concierto, que es donde habitualmente se contraen las simpatías que acaban, para el hombre y la mujer, en el matrimonio; sino en una plaza siciliana, a la que han ido los dos, no a divertirse o descansar, sino a apoderarse—esa es la palabra adecuada—de un negocio industrial. Lewis e Irene codician, cada cual por su lado, unas minas. En aquella competencia lleva por el momento la delantera el hombre; pero, a los pocos meses, la mujer logra imposibilitar el éxito de la empresa con su astucia y su perseverancia, hasta que Lewis, rendido, acaba por ceder el negocio a la Banca griega que representa Irene. Aquella derrota, que humillaría a muchos hombres, obra como un revulsivo sentimental en el espíritu de Lewis, que concluye enamorándose de su vencedora. En lo sucesivo serán aliados; pero no en los negocios, sino en el hogar. ¿Por qué vivir siempre torturándose por el alza o la baja de unos valores? Pero en la intimidad conyugal, tanto ella como él descubren, al cabo de algún tiempo, que no son felices. El amor no basta para satisfacer todas las exigencias de un temperamento como el de Irene, ni puede llenar toda la existencia de un hombre como Lewis. Ella, a pesar de todo, siente un vacío: los negocios, la fiebre del agio, el placer de triunfar en el mundo del dinero. Y a él le ocurre lo propio. ¿No podrían concertarse para una acción común contra el azar? ¿No podrían luchar juntos contra las mismas fatalidades del dinero? No; porque entre ellos se interpone algo que el hombre no es bastante generoso para perdonar: la

superioridad financiera de la mujer. Además, él en sus combinaciones toma como objetivo el mundo, en tanto que ella reduce su ideal de conquista a Grecia. El engrandecimiento de su patria es su obsesión. Después de todo, si Atenas sigue influyendo en el mundo por el prestigio de sus pensadores y de sus artistas, ¿por qué no podría hacer sentir ese mismo ascendiente por el genio de sus financieros en todos los continentes? Esa ambición de Irene, incomprendida por su marido, provoca la separación de los esposos, y cada cual se va por su lado...

Ese es el libro de Paul Morand, sucintamente referido. Una novela nerviosa, sin análisis psicológicos hondos, sin ternura y sin poesía; una novela, en fin, para lectores de sensibilidad entumecida y de gusto estético estragado. Y, sin embargo, de este libro van vendidos cerca de 300.000 ejemplares. ¿Por qué? Ya lo dije al principio. Por la novedad y el desenfreno de una propaganda inteligente.

... Mi querido Ramón Valle-Inclán. Usted está, como artista literario, a una altura que no alcanzará jamás Paul Morand; pero él vive como un príncipe, y usted tiene que resignarse a no salir de ese lindo pueblecito costanero de Galicia, que tanto ama usted, pero del que acaso esté usted ya un poco fatigado... Las águilas y los leones no viven a gusto en una jaula.

La humildad doliente

Cuando voy a San Sebastián, encantadora ciudad que se pone intransitable en el verano, porque se encuentra uno a medio Madrid en menos espacio que el de la plaza de Oriente, rara vez dejo de visitar al doctor Iparaguirre. El ilustre médico vasco es uno de esos hombres que no se dan en la primera conversación. Hay que frecuentarle para entrar en su espíritu, deliciosamente paradójico y original. Charlar con él es un regalo de los dioses, porque insensiblemente moviliza en nuestra inteligencia todo lo que, por desuso, parecía muerto. Después de todo, Sócrates no hacía otra cosa con sus discípulos. El hombre que nos ayuda a encontrarnos filosóficamente nos presta un señalado servicio. No es que tenga que provocar nuestras confidencias sobre lo que hay de vulgar en nuestro cotidiano vivir: pesares y goces, satisfacciones y desencantos. Eso no debe salir de nosotros, por la sencilla razón de que nadie podría remediarlos. Lo discreto y lo elegante es sufrir en silencio. Además, ¿para qué afligir al prójimo?...

El doctor Iparaguirre tiene abierto un gabinete de radiología médica, que le da para vivir honradamente con holgura, y digo honradamente, porque este hombre es incapaz de salir de los dominios de la verdad por atraerse o ase-

gurarse un cliente. Al que no puede curar, se lo dice con entera franqueza: —Mire usted: esto de usted, se alivia, pero no tiene remedio.

A muchos no les parece bien este método, que les priva de la ilusión de la salud. Otros, prefieren esa claridad a que el tiempo los desengañe, y entre estos últimos recluta su clientela Iparaguirre. El otro día, apenas llegué a la clínica, nos interrumpieron la conversación tres personas: un hombre, de unos cincuenta años, alto y fortachón, ejemplar masculino bastante frecuente en el solar vasco, que, a juzgar por su robustez aparente, podría llegar a la más adelantada senectud, y dos mujeres jóvenes, bastante agraciadas, que eran, según supe después, sus hijas...

—Ustedes dirán. ¿Quién es el enfermo?—preguntó el doctor, sin extremar la amabilidad, porque no es muy aficionado a la vaselina verbal.

—Aquí, mi padre—contestó una de las muchachas...

—Vamos a ver. Acérquese usted.

E Iparaguirre lo examinó con detenida atención.

—¿Qué tiene mi padre?—preguntó la otra mocita, con cierta ansiedad—. ¿Es grave?

—Hija mía—aquí la voz del médico adquirió ese tono que refleja la tristeza íntima de todo médico humano ante el caso perdido—. Hija mía, esto no tiene cura... Se puede aliviar... Su padre de usted mejorará. Dejará de sufrir, pero esto no se cura. Aun para lograr aquel resultado es indispensable un tratamiento largo...

—Pero ¿qué es lo que tiene el padre? ¿Cómo se llama eso que le ha salido en el cuello?—interrogó la que había hablado primero, con cierta impaciencia.

—Eso es un cáncer, hijita—repuso el médico brevemente.

Hasta ahí la escena no ofrece ninguna particularidad que justifique el que yo la reproduzca. Es el episodio vulgar que han presenciado todos los gabinetes clínicos.

—¿Y qué costará ese tratamiento, doctor?...—preguntó el enfermo.

—Por el número de aplicaciones de rayos X que requiere, unas quinientas pesetas...

El enfermo pareció reflexionar. Para un hombre que vive de su trabajo, aquella suma era considerable.

—Si me curase usted, ya le daría yo eso y más—articuló al fin en un castellano de régimen gramatical vasco.

—Claro que sí—dijo una de las hijas, mirando con avidez al doctor.

—Pero ¿no ha oído usted, padre, que eso no se puede curar?...—añadió la otra.

—Se puede aliviar y mejorar—repitió el médico, sin alentar más ampliar ilusiones.

La canción para el alma

En la carabela del Ideal

Abre las alas blancas bajo los cielos claros,
frente a las largas rutas innúmeras del mar;
ve a coger a la Isla del Sueño ópalos raros,
los lirios del Otoño y las flores de azahar.

Y en el fondo del Cosmos y el Caos, la semilla
creadora de la vida y de la fibra fuerte;
coge sol en el cielo y aquí la maravilla
del cómo de la vida y el por qué de la muerte.

Busca, en lo que está quieto y en el momento activo,
la gran ley inmutable, la ruta y el salterio,
lo sereno, lo trágico, lo que es definitivo,
el Dios inominado y el salmo del misterio.

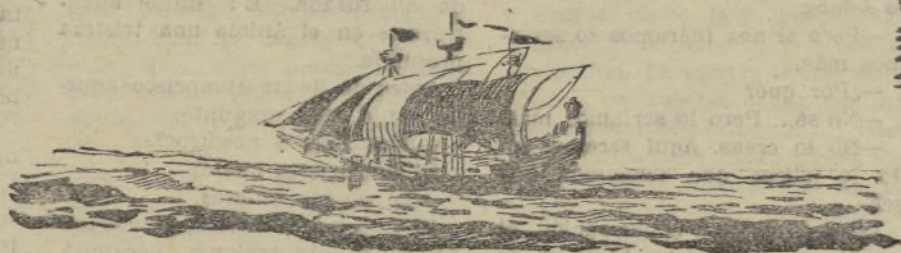
Vuela por el zodiaco de las constelaciones
a leer ese nombre que en el cielo hay escrito
con estrellas. Y busca, para los corazones,
el amor, la tensión, la fe y el infinito.

Yo te daré la pauta y tú busca la clave
y el ritmo de las cosas, sonoro y musical;
yo te daré la ruta y tú busca la nave
que vaya con la proa derecha al Ideal.

Ve por lo que está claro y también por lo oscuro;
detrás de las tinieblas suele haber una luz;
siempre tiene un presente el más alto futuro,
la verdad una sombra y el amor una cruz.

Ve a buscar el Enigma y la Interrogación;
tiende las alas blancas en el camino largo,
frente al dolor que llega, presenta el corazón,
que hay siempre un sabor dulce, tras de un sabor amargo...

Antonio CAMPOY



EL FANTASMA DEL GODED

CUENTO PARA NIÑOS, POR M. GARCÍA Y PANADÉS

I

ENTRE las gentes que pueblan la pintoresca y montañosa región del Goded, corre y subsiste una extraña y poética leyenda.

Pisando sobre férreos puentes de imponente armadura; atravesando interminables túneles de tenebroso aspecto, las locomotoras avanzan, profanando con el ruido infernal de sus calderas y choques metálicos la ingenua y a un tiempo agreste belleza de aquel paisaje montañoso.

Se dice y asegura que entre las estaciones de Frid y Gunster todas las noches un fantasma aguarda el paso del tren... Según aquellas sencillas y pueblerinas gentes, el citado fantasma espera la llegada de su felicidad; por eso acude todas las noches, y aun se afirma que alguna de ellas dirige extrañas y quejumbrosas preguntas a los maquinistas, sin duda acuciado por la horrible tardanza de una dicha... ¡que nunca llegará!

La leyenda es conocida por muchas personas de otras comarcas, y a esto se debe que cuando se ven obligadas a viajar por aquella línea, lo hagan, no sin acierto temer...

II

Hace muchos años, muchos, cuando los hombres no habían pensado todavía en atravesar con caminos de hierro la región del Goded, dos almas se profesaban entrañable cariño. Ella y él dedicábanse al pastoreo. Juntos desde niños, aprendieron, a la vez que a cuidar de sus rebaños, a hacer cada día más intenso el amoroso afecto que en sus almas brotase.

Corriendo entre los riscos, escalando las ingentes cumbres, jugando con las ovejuelas preferidas, comiendo el fruto de las encinas, extasiándose en la contemplación de los crepúsculos, tañendo él y escuchando ella la cadenciosa y dulcísima zampoña, en cualquier momento, apreciábase que ambos vivían en la más perfecta identificación espiritual.

Un día ella preguntó a él:

—¿Qué hacen allá abajo aquellos hombres?

El oteó la lejanía.

—No sé—respondió.

—Yo siento curiosidad por ver lo que hacen. ¿Tú, no?

—Yo estoy muy bien aquí, a tu lado...

Y al decir esto puso en su mirada todo el amor que ardía en su corazón.

Pero ella siguió con los ojos perdidos en la lejanía, como si ante ellos se deslizasen cuadros invisibles para los demás.

A los pocos días, ella ya sabía qué clase de trabajo realizaban aquellos hombres.

—Mira—le dijo a él—. Están haciendo un camino muy largo...

muy largo..., que irá por todos esos montes, y unas máquinas que echan humo por las chimeneas y que son muy grandes, pasarán por aquí todos los días, haciendo mucho ruido... ¿Qué te parece?

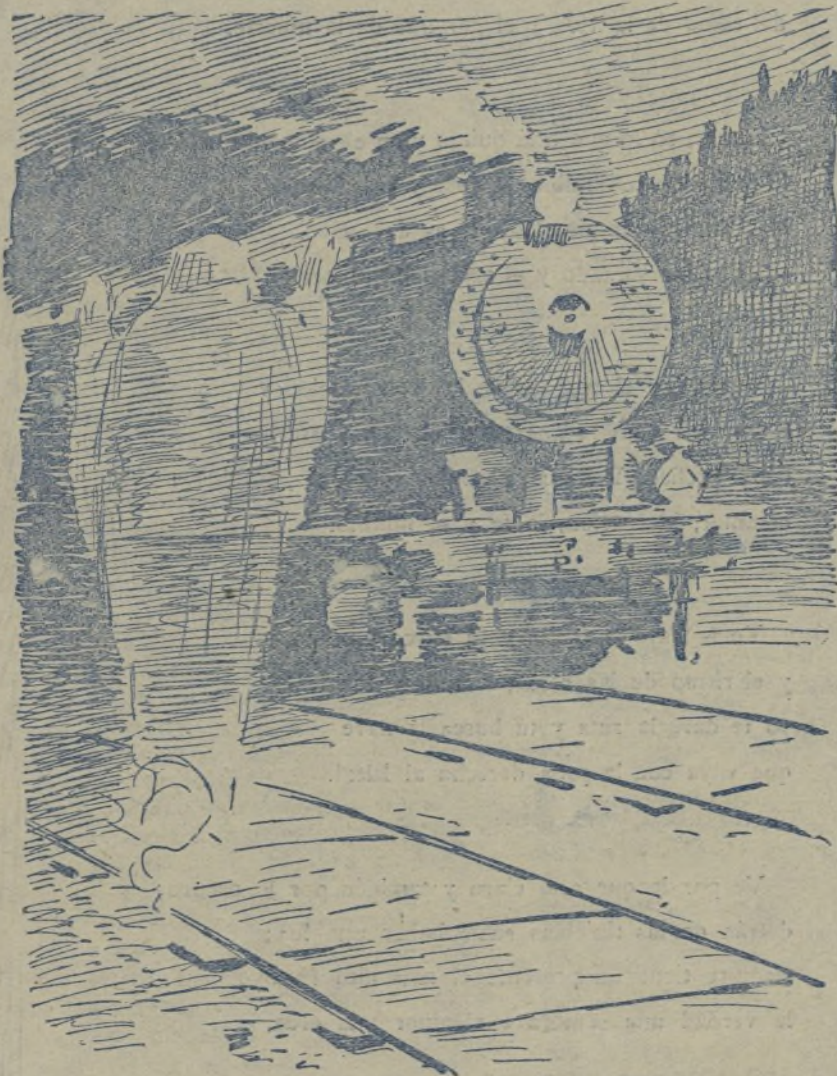
—Se espantarán las ovejuelas... ¿Y para qué hacen eso?

El mozo pareció no comprender. Y como con un instintivo recelo murmuró:

—Pues para viajar en ellos. Podremos salir de aquí fácilmente, irnos lejos..., lejos..., adonde queramos.

—Yo no quiero irme de aquí. ¿Y tú?

En los ojos de la rapaza brilló una gozosa inquietud. Y respondió:



—Yo, sí; me gustaba ver mundo; ver todas las cosas bonitas que debe de haber tras de estas montañas, y que nosotros morimos sin haberlas visto...

El pastor la miró con amorosa tristeza:

—Lo más bonito que hay en el mundo es vivir feliz. Nosotros ya lo somos.

—Pero si nos fuéramos lo seríamos más.

—¿Por qué?

—No sé... Pero lo seríamos más.

—No lo creas. Aquí seremos todo lo felices que tengamos que ser.

Después de esta conversación, él quedó un poco triste. Acababa de observar cómo en el alma de su

novia habíanse despertado unos raros deseos insospechados hasta entonces; comenzó a sentir inquietud...

Ella continuó fijándose afanosamente en la labor de aquellos hombres. Mientras él pugnaba por llevar el ganado hacia las elevaciones de la sierra, ella, tercamente, le persuadía a quedar en la llanura para observar así el hormigueo de aquellos obreros que perforaban las entrañas de la tierra, manejaban extrañas máquinas de trabajo y tendían en el suelo largas barras de hierro...

III

Pasaron algunos años. Por fin,

—¿Qué tonterías dices! ¿Por qué? —No lo sé; pero tú no me quieres...

IV

La negruzca máquina, que vino un día a poner nota de sacrilegio en la virginidad del paraje, se llevó otro día a la bien amada pastorcilla. Ella, cautelosa, sabía que él no había de acompañarla, y por eso no insistió; calló, ocultó sus propósitos, y una noche montó en aquella máquina que la llevaría a países de ensueño a gozar de lo desconocido...

En el fondo de su alma, al alejarse de la tierruca donde había nacido y donde se quedaban las cenizas de sus padres y el pastor que la quería, sintió la moza el resquemor de un remordimiento; pero su loca ansiedad acalló las voces de su conciencia. Y allá se fué, como hechizada por la tentación...

El recibió el duro golpe con cierta resignación e indiferencia aparentes; pero su alma sintió desgarrarse... Su rostro expresaba una amargura interna y devoradora, mejor que lo hubiera expresado el verbo más elocuente. A nadie habló, no obstante, de su desconsuelo; a nadie molestó con la queja de su desgracia...

Todas las tardes, cuando anochecía, él y su rebaño se colocaban junto a la vía, aguardando el paso del tren... ¡Esperaba!... ¡Ella volvería!... Cuando se diese cuenta de su equivocación y del dolor que le había causado, volvería...

Toda su vida parecía depender de aquella dulce ilusión:

Con esa esperanza pasaron años y años... El se hizo viejo, las canas cubrieron su cabeza, arrugósele el rostro, cargáronsele las espaldas...; pero aun esperó, esperó siempre...

Una mañana, varios campesinos, al ir al trabajo, recogieron su cadáver junto a la vía...

V

—¿Y decís que todas las noches?—preguntó un poco temeroso el empecatado señorón, que aquella tarde viajaba en lujoso departamento.

—Sí, todas. Por lo menos, eso dicen estas buenas gentes del Goded. Pero no temas. Es el ánima de un pobre pastorcillo a quien abandonó su prometida... El esperó durante toda su vida que ella regresare, y aun después de muerto sigue esperando... Se trata, como veis, de un fantasma romántico, triste y, además, muy tímido. Cuando silba el tren, huye hacia las montañas...

Los dos interlocutores rieron.

Entre las estaciones de Frid y Gunster se oyó un penetrante y trágico silbido...

M. GARCÍA Y PANADES

ra. No duermas y camina.» Me estremecí y le seguí sin decir palabra.

Así marchamos días, noches, semanas. Por fin, encontramos una capilla en medio de vasta pradera. El joven bajó del caballo; yo, también. Se quitó sus armas y me las dió a guardar, diciendo: «Ten mi caballo hasta que vuelva. Voy a entrar aquí a orar.» Después sacó una llave de su bolsillo, abrió la puerta y entró. Estuvo allí más de una hora. Cuando salió de la capilla lloraba, con sollozos y lamentos. ¿Qué tenía? ¿Qué había allí? ¿Por qué lloraba? Yo nada supe. Después de haberse enjugado los ojos, montó a caballo y continuamos nuestra marcha. «Vamos», dijo. Y anduvimos.

Caminamos jornadas enteras, día y noche; semanas completas sin detenernos. Llegamos a una montaña y trepamos hasta la cima. Por fin, nos detuvimos delante de una caverna. El joven se apeó del caballo, y yo hice lo mismo. Examinó sus armas, arregló sus vestidos y, mirando al cielo, me dijo la hora que era. Era de noche; las estrellas brillaban en el cielo azul y lanzaban alrededor de ellas su lucecita dorada.

—Espérame hasta que aparezca la estrella de la mañana. Si salgo de esta caverna, bien. Si no salgo, tomarás mi caballo con los sacos que lleva a la grupa: están repletos de oro y piedras preciosas, y te marcharás de aquí. Si salgo, te diré quién soy, cuáles son mis intenciones y por qué te he traído conmigo.

*

El rey escuchaba embobado. El viejo atleta prosiguió su relato:

—Pasaron dos horas. La luna apareció en el cielo; pero el joven no salía aún. Había ruido, estrépito en la caverna. Se oía el chischar de las espadas; se apercibía el estertor de los agonizantes. Yo esperaba; quería permanecer hasta el fin de la batalla, después entrar para darme cuenta de lo que estaba pasando y luego marcharme. Aguardé todavía una hora. Poco a poco el ruido de las espadas cesó, y vi, de repente, salir al joven. Estaba cubierto de sangre y había recibido algunas ligeras heridas; aun tenía la espada en la mano.

«¿Tú aquí todavía?—me dijo—. ¿Me esperabas aún? Eres un bravo atleta.»

Montamos a caballo y partimos. Al cabo de algunas semanas de viaje, llegamos delante de la capilla en donde el joven se había detenido para orar.

Echamos de nuevo pie a tierra. Pero esta vez el joven me mandó atar los dos caballos en la puerta y entramos juntos.

Sacó la llave de su bolsillo, abrió y nos hallamos dentro. Era un pequeño aposento, en medio del cual había un féretro, y en él el cuerpo embalsamado de un mancebo.

El joven se aproximó al féretro, se arrodilló y se puso a orar, llorando. Yo hice otro tanto. Después de terminar su oración se volvió hacia mí y dijo:

«—Ahora es el momento. Te voy a decir quién soy, quién es este

cadáver, por qué te he traído conmigo y lo que ha pasado en la caverna. Luego nos separaremos, porque yo voy a morir aquí.»

El rey continuaba escuchando. El viejo atleta siguió su narración:

—¡Que el rey viva largo tiempo! El joven arrojó sus armas, se quitó la coraza, se despojó de sus vestidos y, completamente desnudo, se presentó delante de mí. Era una mujer...

El rey estaba maravillado por el relato. El anciano continuó:

—¡Que viva el rey eternamente! La joven era una virgen. Se volvió hacia mí y, alargándome su espada, ordenó:

«—Vas a decapitarme ahora mismo con esta espada, y pondrás mi cuerpo al lado de este joven, en el mismo féretro. Colocarás mis brazos alrededor de su cuello, y los suyos alrededor del mío. Verás a poner mi cabeza sobre mis espaldas, y juntarás nuestras dos cabezas, la una con la otra, de

surge la guerra entre los tres reyes. La guerra se prolonga durante años; la sangre corre; ciudades, aldeas, monumentos arruinados son destruidos; las praderas, descuidadas, se secan. Por fin, los dos reyes aliados terminan por quedar victoriosos: pero el prometido de la joven muere.

Esta, viuda antes de haber sido esposa, jura no casarse. El rey, padre de siete hijos, es arrojado de su trono, y los siete hermanos se van con sus servidores a un país lejano: era éste aquella caverna que les servía de morada y vivían del robo. Después de haber jurado no casarse, no amar otra vez y renunciar para siempre a la vida de desposada, la joven princesa juró también vengar a su prometido. Se vistió de hombre, ocultó bajo una coraza su hermoso pecho virginal y se dedicó a correr el mundo en busca de los siete hermanos.

Los descubrió en la frontera de nuestro reino. Entonces vino a

Aun tardé dos meses en volver. Mi mujer estaba en la ventana, oteando el camino; me esperaba. A lo lejos me apercibió y corrió a mi encuentro y se arrojó en mis brazos. Estuvimos abrazados largo rato: le debía la vida.

El rey seguía escuchando. El viejo atleta dijo finalmente:

—¡Que el rey viva largo tiempo! Si hay mujeres animadas de sentimientos indignos, las hay también honestas y verdaderas heroínas. Pueden hallarse mujeres malas así como existen hombres malos, y mujeres virtuosas, lo mismo que hombres honrados. Por conocer a una persona, no se puede creer que se ha conocido a toda su nación o su clase; no es posible juzgar una colectividad por un solo individuo; no se debe hacer responsables de la falta de una sola persona a todas aquellas que pertenecen a su sexo, y no se debe castigar o criticar a nadie por la falta cometida por su predecesor. Este es el motivo que encontré para pensar que la orden de mi rey no era justa, y prefiero ver destruir a mi familia antes que ejecutar esta orden.

El rey escuchaba. Cuando el viejo atleta acabó su relato, el rey se echó a sus plantas y le besó las manos. Recompensó al primer ministro, colmándole de honores, y desde aquel día, en toda la Armenia, ni el rey, ni el ministro, ni el pueblo, ni los aldeanos piensan en juzgarse los unos a los otros, ni en hacer morir a muchos por el crimen de uno solo.

Por la traducción,

Angel GONZALEZ PALENCIA

GRANALLA

En el amor, al contrario que en el juego, quien pone más, gana menos.

x

Lo mismo que existen estrellas cuyos destellos aun llegan a nosotros, y que quizá hace miles de años que estén apagadas, hay inteligencias apagadas, hace siglos, cuyo brillo todavía admiramos.

x

Equivocarse es fácil; lo difícil es confesar la equivocación.

x

En materia de amores, cuando el hombre va, la mujer está de vuelta.

x

Es preferible entrever la felicidad a poseerla por entero.

x

A ciertas edades, más que divertirnos, nos gusta ver cómo se divierten los demás. La alegría ha de ser entonces, como la luz de la luna, refleja.

x

No habría hombres-cumbres si no hubiera hombres-planicies.

x

En la escala zoológica hay menos distancia entre el hombre y el burro que entre el hombre y el águila.

x

En la política, análogamente a lo que sucede con los aerostatos, los hombres suben más cuanto menos peso llevan dentro.

x

Siempre que esté nublado, pensemos que ha de volver a lucir el sol.

x

Los grandes hombres ganan mucho vistos de lejos; de cerca, se empuñan como si se les contemplase con unos gemelos de teatro puestos al revés.

José María de ACOSTA



manera que nuestros labios se toquen...

Quise rehusar el acceder a esta demanda; pero la doncella, amenazadora, me dijo:

«—Te mataré también si no cumples mi deseo.»

Se lo prometí, y entonces la joven me refirió su historia.

«El cadáver aquel era el de un joven príncipe, hijo de un rey, que había sido prometido a la doncella siete años antes. La joven heroína era también la hija de un rey lejano, y los habitantes de la caverna eran los siete hijos de otro rey con sus servidores. Hacía siete años que la joven princesa estaba prometida, cuando el primogénito de los siete hermanos quiso hacerla su esposa. Por esto

buscar a uno de nuestros atletas para ejecutar la orden que ella le diera. Pero treinta y siete de mis camaradas fueron muertos a sus manos, uno detrás de otro, porque se presentaban ante ella sin estar preparados para la lucha. Yo hubiera sufrido la misma suerte si mi noble e inteligente esposa no me hubiera retenido.

Cedí al deseo de la heroína. La degollé y la puse al lado de su prometido. La sangre corrió en el féretro, y los dos cadáveres fueron enrojecidos. Cuando el cuerpo de la joven se quedó rígido, ejecuté las otras órdenes que ella me había dado; volví a cerrar el ataúd, eché la llave a la puerta de la capilla, tomé los caballos y me vine a casa.

EL ENCANTO DE LA CIUDAD CASTELLANA

AGRADABLE en extremo para nosotros el poder escapar un día de la voraz actividad madrileña, marchándonos a la vecina ciudad de allende la sierra, Segovia.

Segovia es la ciudad castellana por antonomasia, y cada día que la volvemos a ver afiánzase en nosotros el aserto. En Segovia se comprendía todo lo que es el genuino espíritu castellano, y así nos lo afirma su aspecto, el paisaje, los monumentos, las gentes... En ese núcleo de ciudades históricas y monumentales de la meseta ibérica que pregonan la grandeza de un pueblo y una raza en la pretérita edad en que la razón eficiente de toda superioridad era el valor, el simple valor físico, Toledo muestra el espíritu religioso; Burgos, la caballerescas cruzada valerosa; Valladolid, la ancestral preocupación del agro y el recuerdo de pasadas dinastías; Avila, la fe y el misticismo; Salamanca, la cultura y el saber. Pero Segovia no da una particular sensación determinada y predominante, porque evoca todas. Historia, cultura, guerras, religiosidad, agrarismo, todo ello es tema de su gestión para el que, como nosotros, conoce Segovia con dedicación a la vez que con sereno espíritu crítico, y se encuentra en el límite ecuánime donde se armonizan el afecto con la imparcialidad. Y sería muy largo el relato descriptivo de todo ello, de la impresión que a nosotros nos produce ese ambiente, por la cual creemos que Segovia, no cediendo en importancia particular en esos órdenes citados a ciudad castellana otra alguna, posee, sin tendencia predominante marcada por ninguno de ellos, algo fuertemente acusado de todos.

Diganlo, si no, la catedral, el acueducto, el Alcázar, San Millán, El Parral y tantos y tantos monumentos soberbios de tan diferentes estilos y épocas, así queremos probar la importancia monumental de esta ciudad. El haber alumbrado a un Juan Bravo, por citar algún nombre, y otros varones ilustres, en punto a la historia de sus gentes. Sus industrias, tan florecientes de antiguo, algunas de las cuales renacen ahora con fervor, en lo que respecta a la laboriosidad de sus habitantes. Lo fértil y productiva de la tierra de su provincia, cruzada por caudolosos ríos y festoneada por siempre verdes pinares, que contrastan con el ocre de los trigales cuando están en sazón, si nos referimos a su importancia en el marco agrario de Castilla.

Para comprender bien el alma segoviana es preciso conocer, como lo hacemos nosotros, las gentes del pueblo que vienen a la ciudad, los trajinantes que paran en los famosos mesones, los mercados, las tiendas, que esta mañana dominguera de la primavera incipiente, límpida y deslumbrante por un sol de oro sobre fondo de zafir, afluyen exaltando su actividad. Nos encontramos, apenas llegados,

en la famosa plaza del Azoguejo, centro de la vida urbana, casi debajo de las más altas arcadas del famoso acueducto, el Puente del Diablo, de la tradición popular.

Por el Azoguejo — que ya Cervantes nombró en su *Quijote* — pasan todos, desde el cadete al clérigo, desde el viajero y el turista a la señorita y la criada. De aquí arrancan los automóviles de servicio a los pueblos y los autobuses que van a la estación. En el Azoguejo se encuentra el mesón donde el dilecto Gómez de la Serna vivió recientemente unos días escribiendo «El secreto del acueducto», la novela de Segovia, mientras contemplaba desde su estancia el sin par monumento, verdadero tapiz y poema en piedra de los siglos, y empapaba su espíritu en el alma segoviana. Y aquí también, a la subida para la Academia, está el otro mesón vecino, donde nosotros almorzamos hoy, al modo de como lo hemos hecho otras veces, cuando preferimos el ambiente de puro casticismo segoviano, trocando los refinamientos de la casa del pariente o del hotel Comercio, por el sabroso asado, el código de gustoso pan y el buen vino de cosecha.

Y después, hoy, un paseo hasta el café de Castilla, en la confluencia de las dos vías más importantes de la vieja ciudad: las calles de Juan Bravo y Cervantes. Aquí tomamos el café, entre el bullicioso ruido de cadetes y estudiantes que juegan al dominó. A la salida, contemplamos el panorama desde este incomparable mirador, con el barrio de San Millán, de casas agrupadas en torno a la famosa iglesia, el ejemplar más puro del estilo románico en España, y la sierra, allá en la lejanía. Luego, lo de siempre, la visita a la catedral, en esta hora preferida de la tarde, en que la joya de la fe está desierta. En la contemplación arrobadora de esta maravilla arquitectónica, cuya pureza gótica en la línea de la columna y la arcada y la esbeltez de las naves y conjunto no tiene superación, pasamos largo rato, con nuestro acompañante, absortos ante la emoción del momento. Al Alcázar más tarde, maravilloso edificio, mansión de Reyes ayer, y hoy Archivo general militar, el cual, si por su enorme y bellísima fábrica es interesante, por su situación, sobre el borde de la peña prominente lamida por el Eresma, desde donde se divisa una de las perspectivas más hermosas que pueden concebirse, es sencillamente admirable. Y, por fin, paseo por las calles evocadoras de esta ciudad de encanto, mientras llega la hora del tren que ha de reintegrarnos a Madrid; calles que a cada paso presentan mansiones históricas y lugares de añoranza; calles por donde discurren estas guapas segovianas en derecho de la próxima iglesia, de cuyas campanas oye el tañido que llama a la novena, y desde las cuales se vislumbra algunas veces, en lontananza, las cúspides de *La mujer muerta*, de *Los siete picos de Peñalara* cubiertas de nieve...

Angel DOTOR

“EL RAYO VERDE”

Por Enrique Domínguez-Rodriño

Copiamos de nuestro querido colega *Heraldo de Madrid*:

«Este escritor sevillano — o, si queréis, «este periodista europeo» — acaba de publicar su segundo libro, coincidiendo con el décimo aniversario de la conflagración que incendió a Europa. Rodriño ha reunido en su volumen, bajo el título de la primera de ellas, seis novelas breves, interesantes en extremo, por la prosa fluida y vibrante que les sirve de vehículo, por la emoción oportuna que cada relato suscita, y, sobre todo, por la amena variedad de episodios, tipos y ambientes que hace el autor en ellas desfilar ante nuestros ojos.

Son estas seis narraciones: «El rayo verde», historia de amor y de esfuerzo, desarrollada en Centroamérica; «La tragedia de un inventor», aventuras de un fabricante murciano en Francia, en Inglaterra, en Alemania, en Turquía, llenas de un humorismo donde se mezclan en justa proporción la amargura, la ternura y la burla; «La mujer que no sabía si tenía corazón», historia de unos «dirts» de alto coturno en un oscarwildeano ambiente. (Tengo gustada, en privado, la lectura de algunos capítulos — admirables — de la primera novela grande de Rodriño, aún incabada, «El hombre que se parecía a Oscar Wilde», para la que, sintiéndome por una vez más vate que crítico, le auguro — y le deseo — el gran triunfo de palmas victoriosas que le está destinado a este artista a lo largo de su obra; su obra, que es su camino de peregrino apasionado.) La cuarta narración es un cuadro muy vivo, risueño y brutal como la vida misma, de la lucha social en Buenos Aires, y se titula «El veneno de América». Siguela «El microbio del canto», deliciosa — no tacho el adjetivo —, por cuanto me ha hecho reír, encantado con las peripecias grotescas del héroe español que va a Milán, rico e iluso, a revelarse como primera figura del «bel canto». Ciérrase el libro con una intensa y sintética novela de la gran guerra, «La crueldad del deber», desarrollada entre militares durante las contiendas que tuvieron lugar de acción en la Península de Gallipoli.

No a humo de paja he recordado al comienzo que este libro aparece diez años después de que en Saravejo prendiese la antorcha de Caín «las primeras llamas». (Así rotuló Rodriño su obra inicial, en la que recogiera sus impresiones inmediatas de la locura bélica que se desató sobre Europa.) Después de una adolescencia de rudos y variados esfuerzos por la vida, Enrique Domínguez-Rodriño empezaba a lograr cierto reposo nogareño en Berlín, cuando estalló la guerra. Rodriño era ya conocido de *La Vanguardia* barcelonesa por Guimerá. Este grande, glorioso dramaturgo, había leído en un diario berlinés una crónica, en la que Rodriño denunciaba el plagio de que había sido víctima aquél por el autor de una ópera recién es-

trenada en Berlín, con el asunto, íntegro, de «Terra baixa».

Guimerá, que practicaba, entre otras muchas, la virtud de una gratitud generosa, proporcionó a Rodriño una «colaboración» fija en *La Vanguardia*, y Rodriño — que logró henchir su corazón civilizado del sentimiento trágico de la Cultura en quiebra, y que pudo sentir esto en plena hoguera crepitante — se reveló como un magnífico corresponsal de guerra. Sus éxitos le llevaron a todos los frentes su ecuanimidad, su sentido perspectival de los acontecimientos, le valieron — como fruto del ejemplo de justicia que brindaba a los países combatientes — que unos y otros le diesen todas las facilidades posibles, y aun las imposibles, para llevar su insaciable curiosidad periodística — ¡gran virtud primordial! — hasta los más inabundables rincones de la vasta máquina sangrienta. Viajó, pluma en ristre, por Francia, por Bélgica, por Alemania, por Austria, por los Balcanes, por Italia... Llegó hasta Rusia. Venció siempre y enteró en todo momento a sus lectores — que ya no eran sólo los de *La Vanguardia*, pues desde principios de 1919 había pasado a formar parte de la Redacción de nuestro querido colega EL IMPARCIAL — de cuanto se propuso. Acabada la guerra, Enrique Domínguez-Rodriño vino a España a reponer bríos nativos, y — «peregrino apasionado» — traspuso el mar para conocer América y hacérsela conocer, a través de un gran temperamento de cronista de viajes, a cuantos seguían con interés la ruta de su waterman. Bien ganado el sosiego, tornó a Madrid, y aquí, dirigiendo la hoja literaria de Los LUNES, ha escrito, en la evocación de sus andanzas, este libro por tantos aspectos interesante. Principalmente, porque en Rodriño la publicación de un volumen indica que ha cristalizado una de sus ambiciones literarias, y que emprende — más firme y más audaz el vuelo — nuevos rumbos. Esperemos la próxima encarnación de este hombre, lejos de aquí seguramente. ¿En Berlín otra vez, en Londres, en Moscú? Sobre todo, aguardemos con fraternal impaciencia el envío de «El hombre que se parecía a Oscar Wilde», cuyo pie de imprenta será acaso bruselés, o quizá neoyorquino. Eso ni él mismo lo sabe. El incansable viajero sólo sabe que parte, en busca siempre de la fuente de Juvencio.»

Juan G. OLMEDILLA

LIBROS RECIBIDOS

Canciones humanas y Hálama (canciones de serranía), por E. Clemente Romeo. — Si obras anteriores no le hubiesen labrado a Clemente Romeo una noble ejecutoria de poeta, estos dos últimos libros suyos bastarían para conquistarle un lugar preeminente en el Olimpo español contemporáneo. Entre las composiciones y poemas que forman estos dos volúmenes, *Canciones humanas y Hálama*, las hay de toda belleza, tanto por su forma irreproachable como por la intensidad de su ritmo interior, de una honda emoción lírica.

—Yo creo, padre que debería usted probar... Quién sabe; a lo mejor, detrás de la mejoría viene la salud...

Y buscó en los ojos del médico la confirmación de aquella esperanza; pero Iparaguirre permaneció imperturbable.

—Pues yo, como usted, padre, no me gastaría los cien duros sin saber si me voy a poner bueno—repuso la otra hija—. Además, padre, ¿ha pensado usted en cómo nos deja si se muere? ¡Cien duros, nada menos! Y a nosotras, faltando usted, que nos parta un rayo...

Se marchó la familia, quedando en volver el enfermo para ponerse en tratamiento. Por una vez triunfó la tendencia buena, y Cordelia salvó al viejo Lear del egoísmo de Gonerilla. El médico y yo nos quedamos solos y en silencio.

—¿Qué le parece a usted, amigo Manolo?—me preguntó Iparaguirre, encendiendo un pitillo.

—Nada, doctor.

Luego añadió:

—Dígame, querido Iparaguirre. ¿El bien y el mal no dependerán del funcionamiento de algunas glándulas no estudiadas todavía?... Vea usted esas dos hijas del mismo padre, tan diferentes...

—¿Quién sabe! Tal vez. Si usted tuviera una hija como Gonerilla, es decir, como esa que se oponía a que su padre prolongase su vida por no gastar cien duros, ¿qué haría usted?...

—¿Yo? No lo sé. Acaso dejarme morir sin tratamiento...

—Pero es que ese hombre sufre unos dolores atroces, de los que apenas calma la morfina...

No supe qué contestar.

Manuel BUENO

Guethary (Bajos Pirineos), agosto 1924.

AL REDEDOR DEL ESTILO

XVII

HABÍA escrito los anteriores pequeños ensayos de esta serie indefinida —melodía continua— en el sosiego fecundo de Fuerteventura, y ahora me apereibo a reanudarlos y continuarlos en medio del trajín de este París de verano lluvioso. Entre la estrofa anterior, la XVI y ésta, la XVII, que me pongo a fraguar ahora, he recogido y atesorado en mi alma experiencias las más íntimas, las más entrañadas, de las que diré pronto en otra parte.

Cuando me disponía a fugarme de Fuerteventura, a bordo del bergantín goleta «L'Aiglon», recogí, entre los pocos papeles que pensaba llevar conmigo, escotero y suelto, los breves apuntes para la continuación de estas notas, y en ellos, bajo esta cifra romana: XVII, encuentro esto:

«Las obras de un escritor que no parecen de él, que carecen de estilo, que parecen de otro, no son de nadie, no son obras. Otro es nadie. Puesto que estas confesiones, y he hablado de Navarro Ledesma, en «El ingenioso hidalgo D. Miguel», etc., *chiasso*, y el mío en silencio.»

Reproduzco aquí el apunte, tal y como lo tenía tomado, en ese estilo enigmático, elíptico, telegráfico, en que uno se habla a sí mismo; en esa forma protoplasmática, anterior a la diferenciación de prosa y verso, en que tomamos nuestras notas para uso individual. Es el estilo de muchos de los pensamientos de Pascal. Y es significativo que cuando se habla de tal manera a sí mismo lo hace en forma telegráfica, como para hablar desde lejos.

¿Para hablarse a sí mismo? En otro papelito, en el revés de un sobre de carta, bajo la siguiente cifra romana, XVIII, llevaba escrito esto otro:

«¿Es uno otro que sí mismo? Uno remeda su propio estilo. Cervantes, remedándose. Galdós y sus lugares comunes. Torquemada, y

en medio de ello un: «Ello es que...», «dicho se está...», etc., etcétera. Escribía sin estilo propio. A las veces, un concepto sutil, una metáfora viva; pero una frase, un giro suyo... jamás. Acaba «¡Torquemada en el Purgatorio!» cuando Rafael del Aguila, el ciego, se tira a la calle: «Bajaron todos... Estrellado, muerto.» Sobre el «muerto».

Este apunte responde a la lectura—relectura en parte—que hice allí, en la isla, de la mayor parte de las obras de Galdós. Lo que me permitió modificar y rectificar mi juicio estético de su obra, parte a mejor y parte a peor.

Galdós, que tan terrible pintura nos ha dejado de la burguesía madrileña de fines del siglo XIX, se bufa con frecuencia del estilo

ese de las tertulias de café, del estilo periodístico hecho de muletillas, de frases hechas, de lugares comunes, de expresiones acunadas, cuyo cuño se ha desgastado por el uso. Pero le costaba expresarse de otro modo. Era el estilo del café, el estilo de la improvisación periodística, el estilo parlamentario, el de artículo de fondo, el que empleaba en sus novelas. Un estilo pasado por laminador.

Y a esa su falta de estilo individual debió, sin duda, la mayor parte de su popularidad. Se dejaba leer sin esfuerzo. No había nunca que detenerse a paladear una frase suya, ni a digerirla. Su personalidad artística era algo como una representación de la impersonalidad; era el hombre medio el que hablaba en él.

Es muy significativo que no conozcamos versos, buenos o malos, mejores o peores, de Galdós; que no sepamos que los hubiese conservado, ya que no publicado, si es que alguna vez los escribió. ¿Lo hizo? Es de dudarlo. Y aun más, parece que no gustaba mucho de ellos. Debía de ocurrirle lo que a muchos oradores —de palabra o por escrito, pues hay oratoria escrita para uso de los taciturnos—, que sienten una honda animadversión al verso, al estilo netamente poético. Acaso porque se les resiste, porque se hurta y niega a sus secretas caricias. Y, en cambio, se conoce la prosa del que intenta el verso. No porque sea más cantante o más melodiosa—tal como entienden la melodía los que creen que toda canción es bailable—, sino porque es más precisa, más ceñidas más para sí mismo, más íntima.

Galdós... En aquellas mañanas de Fuerteventura, cuando en la azotea de la mansión en que vivía, en Puerto Cabras, me bañaba el cuerpo desnudo al sol desnudo, frente a la mar consoladora, leía las páginas de Galdós. Y mientras iba digiriendo en silencio, sin oírlos, no más que viéndolos, aquellas en que nos muestra en el alma de Fortunata el alma acaso del pueblo de la calle madrileña, oía a lo lejos, por debajo del silencio de las páginas escritas galdosianas, el rumor de la mar atlántica, el rumor de la mar que lame los bordes del desierto africano. Galdós había nacido en la Gran Canaria, y el Atlántico debió de haber brizado los ensueños de su niñez; pero se fué a Madrid, al centro de la pazamanchega, y pareció olvidar el ritmo rumoroso de su mar materna. A pesar de sus temporadas de Santander, no se oye a la mar en sus obras. Su estilo es un estilo de tierra adentro, o, más bien, no es de tierra, sino de calle, de calle de cafés y de redacciones de periódicos. No se oye nunca en su obra el canto del Atlántico. Ni el de ese mar petrificado, que es la llanada castellana, de la tierra sin adoquinado, de la tierra que dió el canto—«nuestras vidas son los ríos—que van a dar en la mar—que es el morir...»—de las coplas—de los campos góticos—de Jorge Manrique.

Miguel DE UNAMUNO

UN GRAN PINTOR NORUEGO



“En el Tirol”, por Bernt Groenvold

ENTRE los pintores nórdicos modernos, al lado de aquel inmenso Andreas Zorn, el sueco enamorado de España y amigo de Sorolla, uno de los que con más vigorosa personalidad se destaca, es el noruego Bernt Groenvold.

Bernt Groenvold, fallecido hace unos meses, vivía, desde hace muchos años, en Berlín. La Exposición conmemorativa de sus obras, abierta recientemente en la «Akademie der Künste» (Academia de las Artes), de la capital de Alemania, ha resultado un gran éxito. La Prensa de Berlín ha publicado numerosos artículos y estudios, firmados por los más reputados críticos de arte, en elogio de su obra.

El famoso pintor noruego ha dejado un gran número de cuadros y entre tres y cuatro mil dibujos grandes, hechos en Noruega, en Inglaterra, en Francia y especial-

mente en el pintoresco Tirol, región de la que estaba enamorado Bernt Groenvold. Era este artista hombre rico y muy rehacio a la venta de sus obras. Por esta razón se encuentran muy pocas producciones suyas en los Museos. Uno de sus mejores cuadros, «Sol de la tarde», se halla en el Museo de Gante. Su Exposición de Berlín ha sido trasladada a Cristianía.

Bernt Groenvold era también muy conocido, principalmente en Alemania, como descubridor de pintores desconocidos de la época romántica. Su mayor hallazgo fué el de Friedrich Wasmann, reconocido ahora como uno de los mejores pintores alemanes de la primera mitad del siglo XIX. La colección que deja Groenvold de grabados de Daumier, es la más completa que existe en el mundo, después de la que posee la Biblioteca Nacional de París.

EN LA PAZ DE LA CARTUJA DE ARAGON

UNA VISITA AL CENOBIO DE NUESTRA SEÑORA DE AULA-DEI

UN lego ha abierto la puerta. Viste un hábito oscuro. Entramos. Nos mira. Sonríe. Y cierra lentamente el portalón.

Y es entonces que dice:

—¿Qué desean ustedes, en el nombre de Dios?...

—Visitar la Cartuja. Venimos expresamente desde Madrid para ese objeto. Esta es mi tarjeta...

El portero la toma en sus manos. Manos que tiemblan ya un poco.

—Voy a consultar con el padre provisor. Espérenme ustedes. Pueden pasear el jardín...

El jardín es espléndido. Está todo verde y florecido. Hay rosas ya en los rosales. Dos surtidores pulverizan el agua. El sol dibuja en el movable cristal los siete tonos del prisma.

Vuelve el lego. Paso a paso. Lentamente.

—Pueden entrar. Yo les guiaré...

Avanzamos por los arrayanes. El canchero descerraja la portada de la iglesia, que abre también los misterios y la paz de los claustros.

El rumor vano y efímero del mundo no llega ya hasta aquí. Se extingue cabe estas paredes de piedra. Los corredores son amplios, interminables, severos. Un Cristo muestra en la lejanía sus carnes pálidas, maceradas. La mancha roja de los clavos se distingue bien en la semisombra de los claustros... Serenidad... Sosiego... Meditación... Hay aquí un silencio misericordioso. Hay también una suave penumbra. La luz se tamiza al través del alabastro que tapia los altísimos ventanales. ¡Honda paz, y, sin embargo, hubo un momento que estremeció de tumulto a estas mismas quietas piedras, medrosas y temblorosas, entre el albedano estruendo de los cañones! La Cartuja, erigida en 1564, quedó deshecha. Napoleón puso en estos mismo claustros sus cuarteles. El humo de pólvora abatió el perfume del incienso. Después... Hay una larga pausa. Al fin, se alzan aquí, un día, entre canciones de jota y golpes de martillo, los telares de una fábrica de pañuelos de seda. Pero ¡Dios es siempre clemente...! En 1903 la Cartuja es reedificada. Los monjes retornan... ¡Todo pasó!... ¡Todo vuelve!...

El padre provisor nos espera... Viste hábito blanco... Barba afeitada. No tiene tonsura. En vez de la clásica coronilla, luce en el colodrillo una amplia circunferencia de pequeños cabellos. La cabeza, salvo este círculo, está cortada al rape...

Nos dice:

—Bien venido, hermano... Poco tiene que ver en nuestra casa... Estos frescos de Goya, la sillería de los coros, algunas veneradas reliquias... Bien es verdad que és-

tas bastan para justificar un largo viaje...

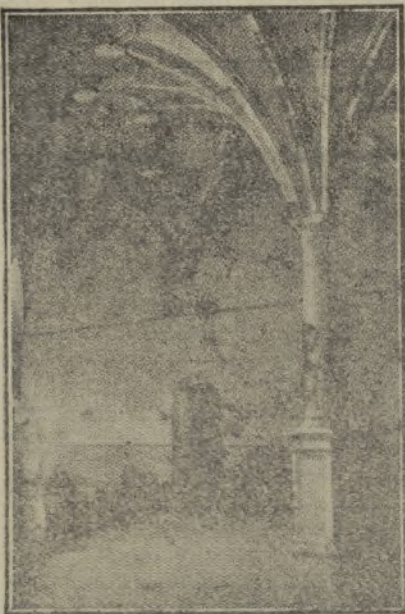
—Pero, padre, le aseguro a usted que no me guía sólo la curiosidad...

—Sabe Dios si nos acompañará usted aquí algún día...

—Sabe Dios...

—Pues voy a enseñarle a usted su celda...

Avanzamos por los claustros desiertos, imponentes. Están impregnados de silencio, de soledad y de



PUERTA DE UNA CELDA

reflexión. El alma austera de la Cartuja se halla toda aquí, en este ambiente de tumba.

Un monje acaba de abrir el portillo de su celda. Va a cruzarse con nosotros. Es alto, delgado, palidísimo... No nos mira... Avanza lentamente. Se acerca. Pasa rozándonos. No nos mira. No nos saluda. No mueve un solo músculo de su cara. El padre provisor continúa también indiferente, sin saludarle, sin mirarle, guiándonos al través de los claustros. Ambos frailes fingen no haberse visto. ¡Soledad! Aislamiento. Ni un gesto. Ni una leve inclinación de cabeza...

Avanzamos por los claustros desiertos.

Yo sé la vida humana de este padre provisor. Me la ha referido noches atrás, en el circo, el señor Garrayre, diputado provincial. El padre provisor—que nos acompaña—, fino, amable, culto y sabio, fué militar y alcanzó en el Ejército de Francia el grado de coronel. ¡Ya para él ha muerto la vida! Hoy es solamente monje cartujo... Vive aquí, en el silencio y la oración... Cultiva su huerto... Labra madera en su pequeño taller de carpintería... Lee libros profundos... Medita... Sueña...

Avanzamos por los claustros desiertos...

—Vea usted una celda. Hace un año que está deshabitada. Por eso puedo mostrársela...

—¿Es preciso ese plazo?

—Sí.

—¿Murió el monje que la ocupaba?

—Sí... Dios le ha acogido ya en su seno...

Penetramos en la celda. Esta es amplísima. Parece una pequeña casa. Hay primero un estrecho vestíbulo. Después, una habitación muy grande... El refectorio... Una biblioteca... Dos sillas... Una imagen de la Virgen María... El jardín de la huerta asoma, ubérrimo, por el vano de las ventanas.

—¿Está él enterrado ahí?...

—No. Está inhumado en el cementerio de la Cartuja. Yo se lo mostraré...

—Creía yo, confundido por mis lecturas, que los monjes cartujos cavaban su propio sepulcro, día por día...

—Es una leyenda... Chateaubriand, un hombre de genio, pasó como usted actualmente una hora en la Cartuja. Y echó a rodar, después, esa mentira, que sigue circulando aún.

—Yo no diré ninguna...

—La tumba de los cartujos—prosigue el padre provisor—cavada por éstos, día a día, es una leyenda que hace sonreír. Los monjes vivimos muchos años. ¡Hasta dónde profundizaríamos en la tierra si cavásemos diariamente nuestro sepulcro! No. Tenemos un pequeño camposanto. Allí se nos sepulta...

—¿En un ataúd?...

—Y... ¿para qué la caja? Se nos inhumaba directamente en la tierra, vestidos con nuestro hábito. ¡Es bastante...!

Visitamos la iglesia, la biblioteca, el locutorio... El padre provi-



CLAUSTRO MAYOR

sor contesta amabilísimamente nuestras inocentes preguntas...

—Una vez a la semana comemos reunidos todos los monjes...

En la Cartuja de Aula-Dei hay actualmente treinta y uno. No hablan jamás entre sí. ¡Ni cuando yantan de esta guisa! Sólo los do-

mingos, en el jardín, les está permitido conversar de las dos de la tarde a las tres... ¡Una hora cada siete días!

—Somos poco parlamentarios—dice el padre provisor...

Los monjes se recogen al oscuro. Duermen desde las siete hasta las once. Su cama es muelle, con colchón, sábanas y mantas... Acuden al coro a la media noche. Rezan... Tornan a su celda... Descansan allí de nuevo tres horas. Vuelven otra vez a la capilla.

—¿Y los cilicios, padre?...

—No hay aquí disciplinas sangrantes. El pecado se declara en comunidad. Pero este acto de decir uno en público sus propias culpas es mucho más doloroso que los golpes. El amor propio y el orgullo sangran.

—¿Y quién castiga al culpable entonces?

—Otro monje golpea al confeso con unos suaves mimbres... Eso es todo.

No desayunan. Comen, desde septiembre hasta la Pascua, una sola vez al día. En lo restante del año hacen dos colaciones. La carne les está absolutamente prohibida, incluso en necesidad de muerte. Beben vino... Pueden dedicarse a los estudios que les sean más gratos.

—Al hipnotismo, por ejemplo—le pregunto, pensando en el querido poeta Carrere.

—No. El hipnotismo llega a esclarecer el secreto de la confesión. Es un arte diabólico.

—¿Sabe usted, padre, que esta Cartuja me recuerda un poco los hipogeos de Egipto?...

—Tal vez. Hay algo de egipcio, en efecto, en la portalada.

El viajero mundano puede habitar hasta diez días en la Cartuja... Rubén Darío quiso oír el ritmo profundo de su alma y meditó una vez en la santa paz del Cenobio. El viajero puede vivir diez días en la Cartuja, haciendo vida de recogimiento. El oír entonces, al filo de la media noche, las campanas intermitentes y solitarias de la iglesia. Cada monje, al llegar al coro, la hace planir una vez... A esa hora los frailes irrumpen, uno a uno, en los inmensos corredores, mal ceñidos en sus hábitos blancos. Los monjes avanzan por los claustros oscuros, lóbregos. Cada cartujo lleva en la izquierda mano un farol de aceite. Esta luz les guía... La sombra del cuerpo les acompaña también... Avanza... Se agiganta... Retrocede... Se extiende por las paredes... Rampa sobre los muros... ¡Como si la carne deleznable hubiese muerto ya!... ¡Como si el alma, roto el hilo de vida, corriese libre y ligera hacia Dios!...

L. FRAU MARSAL

Zaragoza, 1924.

LAS MUJERES

CUENTO ARMENIO, TRADUCIDO POR ANGEL GONZÁLEZ PALENCIA

HACE mucho de esto. Era en los antiguos tiempos, en los tiempos de los valientes y de los héroes. Nuestro país era célebre hasta lejanas tierras; nuestra nación, poderosa, y nuestros reyes, temidos. Cuando cautivaban a algunos reyes enemigos, pasaban por sus cuellos una plancha agujereada y, poniendo su trono sobre esta plancha de los vencidos, se marchaban a pasear.

Nuestro pueblo era libre y gozaba de la paz; la tierra era fértil: un grano producía mil; el trabajador estaba espléndidamente remunerado por sus fatigas. No había en el país ni una pulgada de terreno inútil; por doquier se alzaban ciudades y aldeas; en todas partes, verdes llanuras y prados. Los conventos, cuyas ruinas vemos ahora sobre los valles, en las gargantas de los montes, y que, a pesar de sus muros medio demolidos y de sus techumbres que se tambaleaban son aún soberbios edificios, eran entonces asilos, hospicios, hospitales para los enfermos, para los viandantes y para los extranjeros. Las tierras no estaban incultas, como lo están actualmente, ni las montañas áridas y quemadas por el sol, sino esmaltadas de flores coloradas y perfumadas, y cubiertas por bosques de árboles frutales, de higueras, de viñas. Armenia era próspera; estaba satisfecha. Era feliz bajo sus reyes, y gozaban éstos del amor y del reconocimiento de los súbditos. Aquellos tenían conciencia de su deber; ponían gran empeño en lograr la felicidad de su pueblo. ¡Ah! ¡Qué bien se vivía entonces! Para darse cuenta del estado de sus súbditos y aprender a conocer de cerca sus necesidades y sus sufrimientos, los reyes no se contentaban con las noticias más o menos fidedignas que hasta ellos llegasen: se disfrazaban de pobres mendigos o de extranjeros y se mezclaban con el pueblo para juzgar con sus propios ojos y oír con sus propios oídos.

En cierta ocasión, uno de estos antiguos reyes salió de su palacio, acompañado por un ministro suyo, y vestido de pobre empezó a recorrer las calles de la ciudad. Era de noche; todo el mundo dormía; las puertas de las casas estaban cerradas con cerrojo; todas las luces apagadas. El rey, en traje de mendigo, con una cayada en la mano y con el zurrón a la espalda, andaba por las calles con su ministro, igualmente disfrazado, cuando apercibieron en un callejón a un hombre que hablaba con una mujer, asomada a la ventana de su casa. Se escondieron detrás de un muro para escuchar sin ser vistos.

—¡Ven, ven!—decía la mujer—. Bajaré y te abriré la puerta. ¡Entra!

—No—respondió el hombre—; no

quiero entrar. Esto sería peligroso: tu marido está en la casa. Tengo miedo; no entro.

El rey se quedó todo asombrado. Apretábase aún más contra el muro, igual que su compañero, y escuchaba atentamente.

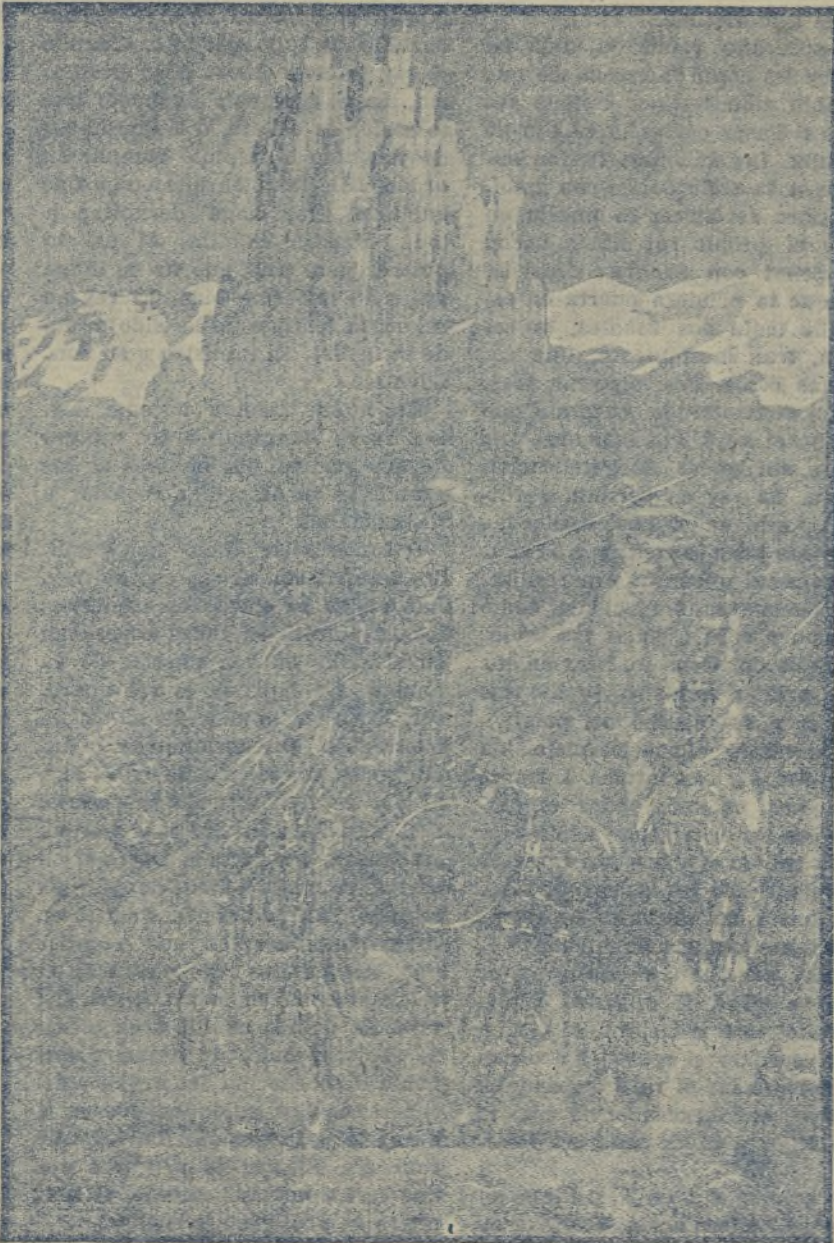
—Mi marido duerme en otro cuarto; no hay peligro; no tengas temor. ¡Entra!—dijo ella con voz suplicante.

—No, no me atrevo; tengo miedo. Además, estamos en una posición peligrosa: un día u otro corremos el riesgo de ser sorprendidos.

Sólo falta aguardar una buena ocasión. Entra, pues; bajaré a abrir la puerta. Entra, sin más.

—No—repetía con insistencia el hombre que estaba en la calle—. No, no entro. Si me amas, éste es el momento propicio. Ve, corta la cabeza de tu marido y échamela por la ventana. Tomaré la cabeza y entraré. Entonces podremos entregarnos al placer sin temor alguno.

El rey y su compañero no perdían ni una palabra de la conversación.



didos. ¿Hasta cuándo quieres continuar así? Si me amas, mata a tu marido y casémonos.

El monarca sintió escalofríos al oír estas palabras, y, deslizándose a lo largo de los muros con su compañero, se aproximaba para oír mejor. Después de un momento de expectación, la mujer replicó:

—Sabes cuánto te amo. Sabes que por tu amor extinguiría la luz de la vida de veinte maridos con la misma facilidad con que se apagaría una vela, y que no cambiaría una de tus uñas por la cabeza de mi marido. Yo te prometo matarlo para casarme contigo.

La mujer desapareció un instante; el hombre quedó parado en medio de la calle, inmóvil. Un momento después la mujer volvió a aparecer en la ventana. Tenía en una mano un cuchillo ensangrentado, y en la otra, sujeta por una oreja, una cabeza que goteaba sangre. Arrojó el macabro resto a la calle, diciendo:

—He aquí la cabeza de mi marido. Cumplí tu deseo; no tienes más objeción que hacer. Ahora puedes venir; bajaré y te abriré la puerta.

El hombre, en la calle, dió dos pasos para aproximarse a la cabeza, que se movió aún bajo la

acción de los nervios; le dió un puntapié, mirándola atentamente.

—No—dijo él—, todo no ha terminado. Todavía hay peligro; no entro. No abras la puerta; no entro. Tienes un hijo de quince años, que se puede despertar. Sabrá que su padre ha sido muerto y correré un peligro terrible.

El rey seguía escuchando. La mujer, excitada, fuera de sí, replicó:

—No lo hagas... Bien sabes que te amo. ¿Quieres averiguar hasta dónde llega mi amor? Deseas, pues, que mate también a mi hijo? ¡Está bien! Le mataré también a él, le mataré... Pero déjame gozar de tu amor con estas manos llenas de sangre. He matado a mi marido; ven que te abrace. ¡Ven!... Bajaré a abrir la puerta. Entra y pensaremos después en mi hijo; él duerme. Si se despertase e hiciera ruido, le mataremos. Pero a éste le matarás tú; yo soy su madre. No quiero, no puedo derramar la sangre de mi hijo. ¡Ven! Entra; bajaré a abrir. ¡Entra!

El rey no perdía ni una sílaba. El hombre respondía desde la calle:

—No, no; esto es bastante peligroso; no entro. Si me consideras, si me amas, anda, mata a tu hijo. Trae su cabeza y arrojala aquí. Entonces tomaré las dos cabezas y entraré en tu casa.

La mujer no dijo nada. Estaba indecisa: seguramente luchaba en su corazón el amor maternal y la pasión que sentía por este hombre. Su alma estaba trastornada, sus ideas flotaban... Se quitó de la ventana y desapareció con su cuchillo. Sus pasos la llevaron hacia el lecho de su hijo, y volvió trayendo en sus manos una cabeza de pelo ensortijado. Se asomó a la ventana y arrojó la cabeza a la calle.

—La cabeza de mi hijo... Ahora no hay ningún peligro; ya no tienes a nadie más que temer. Puedes entrar; bajaré y te abriré la puerta.

El rey seguía escuchando. El hombre miró la cabeza y, dándole un puntapié, dijo:

—No, no; no entraré. Has matado a tu esposo, con el cual viviste varios años. Has dado muerte a tu hijo, este niño que has guardado nueve meses en tu seno, que lo has alzado sobre tus rodillas y alimentado con tu propio leche, que lo has educado. Y yo, que no soy para ti más que un extraño, un conocimiento del azar, que no estoy unido contigo por ningún lazo, ¿cómo no he de temer que un día, quizá pasado el plazo de una hora, cuando hayas saciado tu pasión, me mates también? ¡No entraré! No bajas a abrir la puerta.

Y diciendo esto, el hombre huyó apresuradamente para escapar de esta mujer terrible.

Ella, golpeándose la cabeza con

sus manos ensangrentadas y arrancándose los cabellos, cayó desvanecida en su casa.

*

El soberano, espantado, con el dedo sobre los labios, miraba a su compañero. Los dos temblaban por efecto de la emoción. Después de haberse repuesto, el rey y su ministro se dirigieron a levantar las dos cabezas arrojadas en el suelo. Luego, mojando su mano en la balsa de sangre que habían formado, la aplicó sobre la puerta de la casa de la mujer, para reconocerla, y se puso a perseguir al hombre; pero éste había desaparecido, y el rey, después de haber andado inútilmente en su busca por las calles de la ciudad, perdió su pista y terminó por dirigirse a su palacio.

Entretanto, la mujer volvió en sí. Con el cuchillo ensangrentado en la mano se precipitó a la calle para perseguir a su amante, con la intención de hacerlo pedazos. Pero al abrir la puerta de su casa no vió mas que una balsa de sangre; su amante no estaba allí, y las dos cabezas habían desaparecido. Miró por la calle; pero era ya demasiado tarde. Se golpeó la cabeza con sus manos, y su crimen se le representó en todo su horror. Se aproximó para mirar las gotas de sangre que manchaban el suelo, y a la claridad de las estrellas y de la luna vió en ella su rostro como en un espejo. Ni una lágrima se deslizó de sus ojos. En su corazón no había ni una sombra de piedad, ni un vestigio de arrepentimiento. Ni el amor conyugal, ni el amor maternal se despertaron en ella; este amor había sido reemplazado por otro, que ahora se había convertido en odio, en un odio ardiente, despiadado, que no podía saciarse mas que con la muerte. Su corazón se había cambiado en piedra: era más duro que la roca. No había en ella sentimiento, ni conciencia, ni amor; todo había desaparecido de aquel corazón; sólo quedaba allí el mal con sus alas negras y su guadaña roja.

No se cuidó mas que de sí misma y de su seguridad. Persuadida de que su amante se había llevado las dos cabezas para jugarle una mala partida, se apresuró a ocultar los cuerpos y a hacer desaparecer toda huella de sangre. Mas al entrar en la casa vió la sangrienta señal que el monarca había hecho en la puerta. Las mujeres, sobre todo las mujeres perversas, están, según dicen, dotadas de una gran astucia. Pensó que esto significaba que algún transeunte había visto las cabezas en la calle, se las había llevado y había hecho este signo sobre la puerta. No se desesperó. Entró en su casa, llenó de sangre una calabaza y volvió a la calle, haciendo el mismo signo en las otras casas de los dos lados de la calle, y poniendo su mano, ya una vez, ya dos, sobre las puertas. Derramó sangre por la calle; con sangre roció los muros y, después de hacer ésto en todas las puertas, buscó tierra y la echó en el charco de sangre que había delante de

su casa, la limpió y la esparció a lo largo de la calle. Ordenó todo delante de su puerta para que nadie la distinguiera de las otras; luego cerró su casa con llave, cavó la tierra, enterró los cadáveres de su hijo y de su marido, colocando las cosas en orden, preparada a todo lo que pudiera acontecer.

*

Amaneció. El pueblo vió, atarado, que el rey estaba vestido con sus hábitos de escarlata. Esto era señal de que había una ejecución capital. En este tiempo el color de los vestidos reales tenían allí una significación: el rojo escarlata indicaba sangre; el azul, paz; el negro, luto, y el verde, victoria. Todo el pueblo se precipitó en la plaza. El verdugo, con su ancho cuchillo en la mano, aguardaba cerca del tajo a que se le llevase a la víctima.

El soberano reunió a toda su Corte y les contó la escena de que él había sido testigo. Estaba resuelto a hacer cortar la cabeza de la mujer. Los soldados fueron enviados a la calle donde ella habitaba para reconocer la puerta en donde el propio rey había hecho una señal con sangre. Mas he aquí que la primera puerta en esta calle tenía dos señales; la segunda, tres; la siguiente, una señal; las otras, dos; algunas, tres. ¿Cómo reconocer la casa de que hablaba el rey? Los soldados volvieron, sin poder dar indicación precisa. El rey en persona se dirigió a esta calle; pero todas las pesquisas para encontrar a la mujer criminal quedaron sin resultado. El monarca, impaciente, tomó disgusto y odio a todas las mujeres. Salíó del Consejo, hizo llamar a su primer ministro, le dió sus órdenes y se marchó del país.

El ministro quedó perplejo. La orden del rey era formal. Durante siete días, es decir, para el momento de su regreso, se debía cortar la cabeza a todas las mujeres del país, desde las chicas de siete años hasta las ancianas de setenta, sin exceptuar a la misma madre del soberano, ni a su mujer ni a sus hijas. El ministro estaba aterrado ante semejante decisión; había perdido el reposo. La orden era espantosa; si no la ejecutaba pagaría su desobediencia con la vida suya y la de toda su familia.

El primer día pasó sin que el ministro hiciera nada; volvió a su casa triste y desazonado. No sucedía entonces como en nuestros tiempos. En aquéllos, el último del pueblo podía llegar a las más elevadas posiciones. Tal era el caso del ministro, cuyo padre había sido atleta. Este observó, viendo el rostro de su hijo, que un cuidado grande le preocupaba. Le llamó y le preguntó la causa de esta preocupación. El hijo no quería decir a su anciano padre lo que le incomodaba; no quería darle pena. Las lágrimas corrían por sus ojos; su corazón estaba oprimido; pero prefería guardar sus tedios para él solo. El padre preguntó a su hijo:

—Hijo mío: dime qué tienes. ¿Por qué estás triste? ¿Podría qui-

zá aliviar tu pena? Bien sabes que yo no era mas que un simple atleta; el padre del rey actual, habiendo oído hablar de mi valentía, me tomó en el número de sus luchadores. Me elevé, de honor en honor, hasta que un día llegué a ser el jefe de los atletas. Después obtuve el cargo de ministro. Tengo vistos bastantes sufrimientos en la vida; los cuidados no me conmueven; dime la causa de tu tristeza; quizá encontraré fácilmente el remedio.

El ministro no aguardó más y contó a su padre la orden que había recibido del monarca. El rostro del viejo atleta palideció; pero en seguida se volvió sonriente hacia su hijo, diciéndole:

—No, no ejecutarás la orden del rey. Vete a dormir tranquilo. El día en que el rey vuelva a la ciudad, que las mujeres salgan a su encuentro con los hombres. Que el rey vista sus hábitos de escarlata; que el verdugo te espere con su cuchillo al lado del tajo. Cuando el rey te haga llevar a su presencia, en el momento de hacer que te corten la cabeza, dile que he sido yo quien te impidió cumplir su orden. Dile también que tengo que hablarle. Que haga decapitar a toda nuestra familia, si así lo quiere; pero dile que no lo haga antes de haberme oído. El rey no rehusará, porque yo he sido atleta de su padre, su ministro y su confidente.

En aquel tiempo sucedía así. Los reyes honraban a los amigos de sus padres; los honores y las grandezas no impedían respetar a los ancianos.

Pasaron siete días. Los heraldos anunciaron el regreso del rey. Las calles se quedaron casiertas; los habitantes en masa esperaban su llegada en las puertas de la ciudad. De lejos se le vió aparecer. Todo el mundo le daba la bienvenida, prosternándose e inclinándose ante él la cabeza. El rey, al ver la muchedumbre de mujeres, vestidas con sus más hermosos trajes, que habían salido a su encuentro para felicitarle por su regreso, se irritó. Apenas entró en su palacio, cambió sus vestidos por los hábitos de púrpura; el verdugo subió de nuevo cerca del tajo. El pueblo acudió a la plaza: se debía ejecutar al ministro que había desobedecido las órdenes del soberano. Los soldados fueron a buscarle y lo trajeron cargado de cadenas. El rey le preguntó por qué le había desobedecido. El ministro se prosternó y le dijo:

—¡Que el rey viva largo tiempo! La orden del monarca es severa; no he podido ejecutarla. Volví entristecido a mi casa y mi padre me obligó a decirle la causa de mi pesar. No pude resistir a sus supplicas. El me dijo: «No ejecutarás esta orden. ¡Deja que vuelva el rey! ¡Que te haga cortar la cabeza, que aniquile a toda nuestra familia! Ma, pídele que me permita llegar a su presencia y que se digne escucharme antes.»

El soberano no pudo rehusar. Los guardias de palacio fueron a buscar al viejo atleta y lo trajeron ante el rey. Cuando entró en el palacio, el rey se levantó, hizo una reverencia y se prosternó. Estaba obligado a hacerlo así, por-

que el viejo había sido amigo íntimo de su padre.

El anciano lo saludó y dijo:

—¡Que el rey viva largo tiempo! He sabido por hijo la orden dada por el rey y el motivo de ella. Me opuse a que mi hijo la ejecutara porque es injusta, y prefiero que toda mi familia sea aniquilada. Os voy a explicar por qué. Debo contar a mi rey un recuerdo ya lejano de mi vida.

El rey prestó atención. El anciano prosiguió:

—Cuando fui nombrado atleta por el padre del rey, el Cuerpo de atletas era numeroso: contaba cuarenta. Un día, uno de los nuestros faltó; al día siguiente, otro; después, un tercero y un cuarto. Al final, no quedamos mas que tres. No sabíamos qué acontecía a nuestros camaradas, y teníamos miedo por nosotros mismos. Nuestro turno iba también a llegar.

Como el soberano escuchaba atentamente, el viejo prosiguió:

—Era una noche. Estaba yo acostado. Llamaron a la puerta, me quise levantar para ir a abrir, pero mi mujer me detuvo. «No—me dijo—tú no irás. Vístete primero; después irás a abrir la puerta.»

Me vestí y marché hacia la puerta. Mi mujer me detuvo de nuevo: «No, no irás así. Cíñe tu armadura y luego abre la puerta.»

Ceñí mis armas y me lancé de nuevo hacia la puerta. Mi mujer me detuvo aún por el orzo: «No, no irás. Prepara antes tu caballo y luego marcha a abrir la puerta.»

Enjaecé mi caballo y me dirigí hacia el zaguán, teniéndole por la brida. Esta vez mi mujer vino a abrazarme y, abriendo la puerta, me dijo: «¡Vete ahora y que Dios sea contigo!»

Salí a la calle, y vi delante de mí a un joven montado sobre un caballo negro. Sus ojos eran hermosos y brillaban como el sol; su rostro, tan grande y tan claro como la luna. Aun no tenía barba ni bigote. Su pecho era proeminente. Tenía las armas sobre su caballo. Me miró de pies a cabeza; yo estaba también preparado y armado. Después de haberme observado bien, me saludó y me dijo: «¿Eres un atleta? Si lo eres, monte sobre tu caballo y sígueme.»

No cambiamos ni una sola palabra mas. Monté a caballo y lo seguí. Caminamos todo el día y toda la noche. ¿Adónde íbamos? Yo nada sabía ni le pregunté.

Al otro día por la tarde, como siguiésemos cabalgando, el temor me sobrecogió. ¿Quién era este joven? ¿Adónde íbamos? Hubiera deseado dirigirme algunas palabras; pero para un atleta las preguntas de este género son indicios de temor. Mas ¿no sería éste el que había causado la pérdida de mis compañeros? ¿Quién era él para marchar así delante de mí sin pedirme permiso y sin mostrarse mesurado conmigo? Resolví matarle. Disparé mi arco, y mi flecha fué a darle en la cintura. Pero estaba vestido con armadura, y la flecha cayó a tierra. No sintió nada y continuó cabalgando. Por segunda vez le apunté, y mi flecha voló. Esta vez el joven se había apercibido. Volvió la cabeza y me dijo: «¿Duermes? La punta de tus armas acaba de tocar mi cintu-

MOTIVARIO

SIGNO DE HOROSCOPO

Los campos de Judea son como una hermosa piel extendida, en la que cada pueblo de conquista hubiera puesto una cifra sinagadora, señalada a fuego: su heraje. La tiara de los Antipas, la loba romana, el báculo bizantino y la cruz templaria abrieron, entre otras borrosas huellas, el profundo mordido de su altiva selladura.

Dentro de los surcos leves de tan dispares signos, refugióse tal cual otro ópimo grano de la sementera espiritual de los países de impia estirpe civilizadora, que en tránsito de aventura guerrera dieron a su planta el movidizo apoyo del suelo nazarita.

Sión, magnífica y eterna, semejante a las apariciones de su Jehová, devolvió un día la semilla, acogida a los repliegues de las ominosas marcas dominadoras, hecha carne y ala de estupendas mariposas azules. La bandada tendió su vuelo perdurable hacia la luz de todos los horizontes humanos, llevando a ellos la sugestión de las más bellas leyendas de occidente.

Tales quedaron clavadas en las finas agujas de esbeltas torres góticas o cautivas en aéreos calados y quebradizos fustes de airoas colegiadas. Otras, escaparon a toda aprehensión y van describiendo a través del tiempo los espirales de su revolver nómada.

Por acaso dan reposo a sus alas en ésta o aquella vida, prendiéndote un airon ondeante y bello, de llama agitada por el viento. O rozan suavemente las cuerdas del arpa, que yace muda en lo íntimo de todos los corazones, y les arranca una deleitosa sonoridad emocional. Avivan y calman a un tiempo la sed de ensueño que inflama nuestras venas, de ese divino ensueño sin nombre ni forma, al que amamos tanto, a pesar de hacernos infelices.

Así, la fascinante estela le púrpura y destellos multicolores que es en la vida de la princesa Salomé la sombría anécdota de su danza alrededor de la testa del Bautista.

Ninguna página heroica de la historia evangélica llegó a nosotros tan jugosa y atrayente como esa. Nada le supera en pujanza trágica, en fuerza captadora. Es el sensualismo empapado en sangre de profeta, enroscándose alrededor al cuerpo desnudo de una virgen, cual una voraz sierpe de fuego; es el alma de Tetrarca desfibrada por mil contrapuestas inquietudes morbosas. Herencia terrible de una raza caduca que escancié, bebiéndolo a grandes tragos, todo el zumo de la vida, arrojando después la copa vacía contra el corazón de su último vástago.

El equivoco prestigio de la estirpe donde tuvieron gayaduras de monstruosas eflorescencias las grandes abominaciones humanas han hecho de la degolladura del Bautista la constelación más res-

plandeciente del zodiaco poemático de los hombres modernos. A su hechizo unciéronse dóciles las plumas de egregios cinceladores de frase: Flaubert, Oscar Wilde y, más tarde, Vargas Vila. También la música, para vala de sus motivos, fué a buscar, bajo del «velarium» de Herodías, el relampagueo verde de los ojos de Salomé.



Entre las obras del «Ballet» que las danzarinas rusas llevan por el mundo en peregrinaje sin término, figura una denominada «Salomé». Los miembros finos y elásticos de estas mujeres de la estepa le dan una completa granización mímica.

Admiré ese «ballet» por vez primera en una isla atlántica. El nombre de la princesa judía, campeando durante una semana sobre el rectángulo grosella de los carteles murales, fué, en el tráfigo cotidiano de la bella ciudad cosmopolita, como un panal arrojado en medio de las calles. De él escapaban, en todos sentidos, enjambres rumorosos de sollicitaciones fragantes.

El escenario estaba tapizado con grandes paños de terciopelo rojo. Ancha cenefa de lentejuelas de acero ponía en ellos un zócalo brillante. Encima desbordaba, en espeso cañaveral, los finos tallos de las flores de loto. Cuando los reflectores quebraban sus haces alechigados contra la escama de lentejuelas, llenábase el teatro de amplias ráfagas de una fría y azulosa nitidez.

En el centro de la escena, sobre un pequeño túmulo de raso negro, la exangüe cabeza del Bautista, modelada en cera, parecía el corazón lívido de una angustia unánime.

Comenzó el «ballet». La danzadera jugaba el cuerpo de modo lento y cabalístico. Hacía adquirir a sus miembros perfiles estilizados; a los pliegues de su túnica blanca, cierta gracia ingravida y triste. El moreno torso, desnudo, con solo el seno acorazado por corseletes de calcedonias falsas, fulgurantes, bajo la cascada de electricidad remansada en la escena, daba a la artista un extraño aspecto litúrgico de sacerdotisa faraónica.

De vez en vez, el estruendó de la resaca oceánica, cuyas ondas galopaban a lo largo de la escollera próxima, desfilando en espuma el cristal de sus lomos, hendía los apagados y deleitosos tonos orquestales como un mandoblazo. El eco profundo del mar anegaba los trinos de los violines y los dulces cantos de las flautas.

Era entonces cuando el «ballet» adquiría grandeza emocional de tragedia ática. Bajo aquel soplo de Esquílo transfigurábase la testa de cera en verdadero despojo humano. Todo el lejano horror de la Judea de los Antipas cobraba una súbita e inesperada plasticidad rezumante. El turbio mirar de Salomé buscando la boca del hombre muerto a sus urgentes lascivias removía el légamo de humanidad, serenado en el fondo de las almas tras siglos de disciplina moral. A muchas pupilas aso-

mábanse tortuosos resplandores de sulfurosa casta.

Las desgonzadas figuras de la danza, los capitosos perfumes salidos de cuatro esferas de plata, el rumor mate de las ajorcas al resbalar por las piernas y los brazos de la artista, semejantes a vistosos anillos de serpiente, penetraban el momento de una viva y aguzada sensación de Génesis y Muerte. Oprimía el pecho hasta producir dolor físico, como si le tatuasen un pavoroso signo ocosopal.



No he vuelto a ver la danza sombría, pero su imagen llena mi alma en las horas dolientes de las meditaciones. Levántase ante mí con un profundo sentido parabólico colmado de posibilidades de realidad, prestas a intervenir en nuestra existencia. Hecha opulenta y amarga plenitud de profecía.

Acaso en el «ballet» «Salomé» no haya transcendencia diferente a la contenida en un cuadro costumbrista de pintura algo brillante y trazo audaz, o en la perfecta evocación de una apetencia sexual azotada por el violento sol de Arabia. Pero yo la he ungido, ennobeciéndola, con altos atributos de símbolo.

A semejanza de toda creación artística de estructura universal, «Salomé» es un poema. Vaciado sólo en el ritmo de la acción, recogió los forcejeos eternos del Ideal con la realidad circundante. ¿Pudo dársele nunca al idealismo más noble encarnadura que el bello y casto cuerpo del Bautista? Trásera en su plácida pupila, inefablemente azul; en su palabra límpida, ya balsámica y dulce como la miel de los cedrales del Líbano, ora inflamada y terrible, cual espinos ardiendo; en el vuelo caudaloso del deseo hacia inaccesibles cumbres de perfección.

Todos llevamos en la entraña del pensamiento un Ideal, un Precursor. Lo nutrimos con la gota más generosa de nuestra sangre, con la más pura idea de nuestro espíritu. Lo amamos y tememos a un tiempo.

Un mal día las realidades entonan junto a nosotros un canto de sirenas, y nos parece el Ideal demasiado altanero, demasiado exigente. Esta es la hora de los sentidos. Viste Salomé sus galas mejores, se adoba con los aceites más picantes y, exasperada por incalculables hambres y sedes de materiales goces, baila, en torno de la voluntad desfallecida, la danza maldita.

El espíritu, rendido al encanto, adquiere densidad de carne; muere como un mico las canillas de la danzadera, y degüella el Ideal, entregando su cabeza a la profanación.

Después, transidos por lo irrepresentable, semejantes a Herodías Antipas, avanzamos con paso de sombras hacia la hora en la que todo se acaba.

¿Qué largo, qué largo es entonces el camino! ¡Cuán horrible es de ver la cabeza del Ideal decapitado!

GLOSARIO SENTIMENTAL

LA TRISTEZA AJENA

En la primera sonrisa de nuestra juventud, todos hemos amado fervorosamente la tristeza romántica de los poetas. El optimismo, la luz y la risa fuerte y plena no existían para nosotros; todos nos creíamos prisioneros de Melancolía, la dulce musa.

Una indefinible tristeza llenaba nuestros momentos y nuestros estados psíquicos. Sentíamos tristeza ante el amanecer y ante el crepúsculo, ante las rosas y ante las estrellas, ante las nubes y ante el sol, ante las mujeres y ante las risas y ante todo... Las rimas de los poetas dolientes eran las que sólo herían nuestra sensibilidad.

Nosotros hubiésemos querido tener, en realidad, aquella misma divina tristeza, haber sido olvidados y traicionados de aquel modo, y que nuestro amor—una modista, una mecanógrafa o una compañera de clase—nos hubiese engañado, para vivir entonces aquellos versos y hacer unas estrofas que—¿quién sabe?—acaso con el tiempo llegaran a ser tan célebres como las que nos apasionaban... Hasta que un día...

... Un día... Un día, *aquello* vino, *aquello* se hizo realidad. *Nuestro* amor nos dejó. Y con este primer desengaño, en la primera sonrisa de nuestra juventud, vinieron al suelo todos los romanticismos, todas las quimeras, todas las exaltaciones, todas las tristezas de imaginación...

¿Cómo era posible que hubiésemos podido desear *aquello*? ¿Cómo habíamos podido desear aquella tristeza y aquel dolor de amor?... Y junto a la realidad y a la prosa y a la vulgaridad de nuestro primer fracaso sentimental, nos parecieron odiosas todas las tristezas, juzgamos impertinentes todas las lágrimas y renegamos de los poetas que con sus estrofas elevaron un altar al dolor...

Al primer aletazo de la realidad venían al suelo todos los encantos y todas las amables sugestiones de la tristeza de los poetas, del dolor de los románticos, de la melancolía de los que amaron y llevaron su amor a los versos. Con lo cual se demostró, una vez más, la crueldad y el egoísmo de todos los hombres que aman la tristeza y aman el dolor mientras el dolor y la tristeza anidan en las almas de los otros, mientras no muerden en las fibras propias, mientras no se enroscan a nuestro corazón...

Al correr de los días, la vida nos ha hecho comprender que la tristeza es bella, es noble, es santa... Pero entonces sólo nos parecía santa y noble y bella en las almas de los otros, en los corazones ajenos, en las vidas que no fuesen nuestras vidas... Y con esta primera crueldad y este primer egoísmo, cayó de nuestra imaginación el altar que en ella habían alzado los poetas a Nuestra Señora la Tristeza...

AQUIRRE LAZARENO

José MONTERO ALONSO



¡MUJER!

BELLEZA, PLACERES,
ILUSIÓN...

SELLO YER

SALUD, ALEGRIA,
BIENESTAR...

Suprima usted los dolores nerviosos
y será usted dichosa

**CARLOS
COPPEL**




MIZA

Fuencarral, 27

HELIOZ